

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 82.—BARCELONA 9 DE DICIEMBRE DE 1915



Convoy austriaco en los pantanos de Rokitno

CRONICA INTERNACIONAL

I. Lo inevitable.—II. El descontento en Inglaterra.—III. La situación en los Balkanes

I.—Lo inevitable

Varias veces, en el transcurso de los meses pasados, han brotado chispazos del desacuerdo íntimo que existe entre las naciones aliadas, pero nunca tan descarnados y agudos como ahora. Los periódicos ingleses, que de vez en cuando reconocen la verdadera situación de la guerra y confiesan los descalabros suyos y de sus amigos, han dado lugar, con su sinceridad a un marcado estado de disgusto en Rusia. A pesar de los rigores de la censura, el *Novoie Uremia*, la *Ruskoe Slovo* y algún otro diario moskovita, se lamentan con amargura del tono despectivo con que tratan a Rusia los ingleses y recuerdan a éstos que Inglaterra sólo se ha preocupado siempre de sus propios intereses. Mal efecto han producido también las argumentaciones británicas, enderezadas a justificar que Inglaterra soporta la carga principal, porque, dígame lo que se quiera y pese a las habilidades y sutilidades, el mayor peso y el mayor sacrificio ha recaído sobre Rusia. Esto no la exime de reproches, porque no se ha apresurado a tomar parte en la Junta mixta internacional, encargada de dirigir las operaciones militares, y si al fin participa

en ella habrá sido por las exhortaciones de Francia.

Italia, que desoyó los clamores de Inglaterra y Francia, y no ha querido caer en la trampa de un desembarco en Albania, cada día merece menos consideraciones por parte de sus amigos, desaires que ciertamente le importan poco y no la desviará de la regla de conducta que se ha trazado, en la que ha dejado abierto un portillo para reanudar, cuando convenga, sus buenas relaciones con Alemania.

De todos los aliados, la Gran Bretaña y Francia eran los que, desde el primer día de la guerra, habían mantenido un acuerdo más cordial y estrecho. Los anglo-sajones asumieron la dirección, y los franceses la aceptaron de buen grado, por convencimiento. Pero ahora, un hecho, al parecer fútil, ha sido la válvula de seguridad por donde han brotado los sentimientos, heridos, de gran parte del pueblo. Lo sucedido es lo siguiente:

Se ha formado no ha mucho, en Inglaterra, una Liga femenina para la economía en tiempo de guerra, que recomienda en sus reglamentos no se compren trajes, ni frutas, ni legumbres, ni manufacturas y otra porción de géneros, a Francia, so pretexto de que es necesario proteger a la industria y agri-

cultura nacionales. El ejemplo ha cundido, y varios profesores de Oxford piden que se proscriba el champagne de las mesas británicas; otros extienden la prohibición a todos los vinos franceses, y la campaña contra el vecino amenaza propagarse y extenderse. Como era de esperar, esas propagandas han sentado muy mal en Francia. Los más exaltados, o más sinceros, ven en ellas la prueba elocuente del sempiterno egoísmo inglés, que ni siquiera se oculta cuando son los franceses, y no los insulares, quienes derraman su sangre en Macedonia. Otros, más prudentes y temiendo que la diferencia sea un principio de ruptura, piden a los britanos que se otorgue a los productos franceses un régimen de favor, y se guarde la severidad para los originarios de los países neutrales.

Todo ello reconoce como origen el amor propio herido. Mientras sus aliados y algunos neutrales se allanaron dócilmente a los deseos de Inglaterra, ésta pudo ocultar, mejor o peor, el concepto que le merecen los demás pueblos de la Tierra; pero los sucesos de Gallípoli y los Balkanes y la actitud de Grecia y Rumanía, han hecho desbordar su mal humor. Se explica perfectamente que un país, que ha sido árbitro del mundo durante dos centurias, haya llegado a creer que no hay ni debe haber otros intereses respetables que los suyos propios.

La marcha que ha tomado la guerra ha revuelto ese germen de discordias. En la prosperidad, las amistades son fáciles; la desgracia y el desengaño rompen los afectos ficticios y ponen al descubierto los antagonismos.

II.—El descontento en Inglaterra

Hondo disgusto reina en Inglaterra con motivo de los debates sostenidos en el Parlamento sobre los errores cometidos. Crudamente se ha censurado a los almirantes y generales que mandaron las fuerzas de mar y de tierra en los Dardanelos y Gallípoli. Se ha dicho sin recato que varias damas, sin puntualizar su número, fueron al frente occidental a visitar las trincheras y posiciones, y que el mariscal French autorizó que se tomaran aquellos lugares de muerte y sufrimiento, poco menos que como un espectáculo que se ofrecía a la curiosidad y al pasatiempo feminista. Sin remilgos, se ha acusado a Lord Kitchener de haber obscurecido y relegado a la impotencia al Estado Mayor General, por entender que era un estorbo y que el Ministro de la Guerra se bastaba para dirigir las operaciones en los diversos frentes; los oficiales más distinguidos de aquel Estado Mayor partieron a Francia, y quedó el ejército privado de las luces de sus hombres más eminentes. Y se ha hecho notar la coincidencia entre el resurgimiento del Estado Mayor y la partida de Lord Kitchener. No deteniéndose ahí las censuras, el Parlamento ha oído los más pesimistas augurios sobre la eficacia del Consejo mixto de los aliados para dirigir la guerra; la guerra, se ha dicho, es una cosa demasiado seria y difícil, para que se entrometan en ella los políticos. Las discusiones han trascendido de las Cámaras a la prensa y al público. Es un espectáculo bastante triste, pero que a nadie debe sorprender; lo único extraño es que haya tardado tanto tiempo en manifestarse, el preciso para que en In-

glaterra se advirtiera que en lo sucesivo ha de contar consigo misma, antes que con los demás.

Tarde ha descubierto Inglaterra que la política puede ser todo lo excelente que se quiera para la gobernación interior del país, pero que está reñida con las operaciones militares. No es a un orador a quien se llama para curar a un enfermo, ni la aptitud para redactar un proyecto de ley sirve de gran cosa cuando se quiere construir un puente. Si los profesionales, los técnicos, los encanecidos en el estudio de la especialidad, no sirven para dirigir la guerra, ¿para qué servirán?

Con todo, los parlamentarios ingleses no quieren convencerse de esta gran verdad. Si hoy su sistema fracasara con motivo de la guerra y se reconoce la preeminencia de los técnicos, mañana sucederá lo mismo en otras ramas de la actividad. Sólo que hay una distinción, y es que la guerra ofrece el caso único de ponerse sobre el tapete el porvenir, y hasta la existencia, de toda la nación; bien vale la pena de que se haga una excepción. Como quiera, se ha restablecido en sus funciones el Estado Mayor General, pero sin darle las prerrogativas y autoridad debidas, que asume el Consejo o Comisión de los cuatro ministros, en relación con los Gobiernos aliados. Veremos el fallo que sobre esta organización mixta pronuncia el tiempo.

III.—La situación en los Balkanes

La pelota continúa en el tejado en los Balkanes. A las estridencias británicas, ha contestado el rey Constantino de Grecia con una habilidad suprema. Los helenos resueltamente no toman partido por los aliados; no abrazan tampoco la causa germana, y permanecen a la expectativa. Han reforzado sus buenas palabras, con algunas promesas, para los aliados, pero el ejército sigue movilizado y en disposición de obrar a la primera orden. La incógnita está sin despejar, y ninguna labor diplomática, ni la amenaza más inminente, harán variar la actitud juiciosa, sabia, única patriótica de Grecia. Tiene ésta demasiado cerca el incendio, para dejarse impresionar por discursos ni por fuegos de artificio; las realidades se encuentran tan a la vista, que no cabe desconocerlas. Más ayuda que se prometió a Serbia por los aliados, no se le puede prometer a ella; y Serbia, con ejército más numeroso, territorio más difícil y fronteras más fuertes, ha sido borrada del mapa, sin que los franco-ingleses hayan encontrado otro medio de protegerla que violando la neutralidad de otro pueblo y haciendo y deshaciendo en Grecia, como si estuvieran en territorio conquistado. Si la lección no abriera los ojos a los helenos, es que serían total e irremediamente ciegos y dementes.

Pero es difícil que Grecia conserve su neutralidad hasta el fin de la guerra, porque los alemanes no son gentes que se avienen a dejar un peligro a su intermediación, cuando se creen en estado de suprimirlo. Sólo la evacuación de Salónica devolvería la tranquilidad a los griegos, y aquel puerto es demasiado apetecible para que lo abandonen de buen grado los ingleses. Si no les echan de allí, tendrán en su haber una joya más, que harán valer el día que se acabe la guerra. Cuando las batallas comien-

cen en la Macedonia griega, el rey Constantino habrá de decidirse, y su espada se pondrá al lado de quien lleve la mejor parte. Si no tuviera bastante con el recuerdo de Serbia, el espectáculo de Bélgica disiparía todas sus dudas.

De Rumanía, hace días que apenas hablan los periódicos aliados, síntoma evidente de que su causa no anda muy bien en aquel reino. Aplastados los serbios e inutilizados los rusos, Rumanía podría esperar poco de su intervención a favor de Francia: toda Bulgaria, reforzada con gruesos ejércitos alemanes, austriacos y turcos, se le vendría encima; la campaña duraría menos, seguramente, que la de Serbia, y daría lugar—y esto es esencial—a ofrecer una compensación a Rusia e inclinarla a una paz inmediata. Cuando Rumanía no salió de la neutralidad mientras los rusos estuvieron en los Cárpatos, ¿cómo ahora se atreverá a lanzarse contra los germanos y los búlgaros? Evidente es el aumento de cordialidad de las relaciones entre Rumanía y los Imperios centrales. En situación geográfica peligrosa, pero no tan augustiosa y precaria como la de Grecia, Rumanía cuenta con más probabilidades de abstenerse de intervenir en el conflicto, recibiendo a cambio de su benévola neutralidad, alguna compensación en el tratado de paz, si triunfan los alemanes; porque si fueran vencidos, Rumanía se pondría al lado de Rusia.

F. LARIN.

¿SE LLEGARÁ A EGIPTO?

Puesto que los ingleses lo declaran hay que creerlo: la actual campaña de los austro-alemanes en los Balkanes no es más que el primer paso, pero obligado, de una expedición contra el canal de Suez y Egipto; si no basta, se pondrán las miras en la India.

Pero ¿realmente se decidirá la guerra en Egipto o en la India? ¿Será menester ir tan lejos para llegar a la paz? ¿Está Europa dispuesta a los sacrificios de tan larga continuación de las hostilidades? ¿Quieren todos y cada uno de los beligerantes agotarse por completo? ¿Hay alguno, entre ellos, que confía todavía en una victoria absoluta, cierta, aplastante?

La expedición a Egipto requiere—a juzgar por lo que de tan lejos puede apreciarse—un período de preparación de cuatro a seis meses, de suerte que hasta muy avanzada la primavera el proyecto no puede trocarse en realidad. No habrán acontecido entre tanto, en Europa, sucesos que modifiquen radicalmente la situación? Es muy aventurado en la guerra pronosticar a larga fecha y planear a muchos meses de distancia; cualquier hecho imprevisto trastorna lo mejor concebido.

Veamos cuál será el estado de la guerra en los diversos teatros europeos, deduciendo de las enseñanzas del pasado lo que sucederá en lo porvenir. El método no es exacto, pero no hay otro mejor de que valerse, y a él se ha de acudir.

En Francia, la resistencia de las líneas alemanas se ha puesto a prueba varias veces. Algún éxito parcial de los aliados, el avance en uno o varios puntos, no alterará fundamentalmente el estado de las cosas; los alemanes ni serán expulsados totalmente del suelo francés, ni menos del belga. Por ahí, no se descu-

bre la posibilidad de que los aliados se acerquen al término victorioso de la guerra, ni de que consigan, siquiera, interrumpir con sus ataques la expedición de los alemanes a Oriente.

En el frente italiano, nada tendría de extraño que los austriacos fuesen arrojados de sus actuales posiciones. Detrás de ellas se alzarán, a buen seguro, otras tanto o más fuertes, y luego una tercera línea. Si Trieste cae en poder de los italianos, no extremarán éstos mucho más su acción, pero aquella pérdida no afectará gravemente a los austriacos, ni tendrá apenas trascendencia en el conjunto de la guerra. Tampoco se ve por este lado la decisión. Y los austriacos, hasta ahora a la defensiva, no la abandonarán, porque con razón opinan que Italia es el enemigo de quien menos han de temer. Teatro secundario es el austro-italiano, y continuará siéndolo bastantes meses.

Rusia hará un esfuerzo supremo en la primavera próxima. Inútiles han resultado los intentados hasta el presente. Se reforzarán los rusos, pero es de suponer que algunas divisiones turcas formarán al lado de los austro-húngaro-alemanes, de donde resulta que es muy problemática una victoria de Rusia. Dudoso es asimismo un éxito de consideración de los alemanes, que tampoco tendría consecuencias inmediatas para la paz, como no la ha tenido la felicísima ofensiva del verano pasado; los rusos perderían dos o tres provincias más, y si la revolución no estallaba en el Imperio, proseguiría la guerra: pero no proseguirá.

O los alemanes son arrollados por los moskovitas y han de retroceder a sus fronteras, o los rusos son contenidos, cuando no derrotados.

En la primera hipótesis, los alemanes desistirán de la expedición a Egipto, porque cuando el incendio estalla en la propia casa nadie piensa en apagar la hoguera en la ajena. Pero este supuesto es demasiado problemático para tenerlo en consideración. Bien que los ingleses se agarren a él como última esperanza, pero nada más. No serán los rusos—así lo declaran los hechos pasados—quienes tomen la ofensiva, sino sus adversarios: no son necesarios más de cuatro meses para llevar un poderoso ejército ofensivo al Cáucaso; inevitable es también la prosecución del avance de los germanos hacia Kiev, en la primavera de 1916, y la participación de Rumanía en la guerra, contra Rusia. Por consiguiente, los rusos, mal organizados y nunca sabiamente dirigidos, no pueden prometerse grandes éxitos; bastante harán con mantenerse en las líneas que ahora ocupan, presentándose entonces la segunda hipótesis. Considerándola, Alemania y Austria, reforzadas con tropas turcas y acaso búlgaras, entretendrán en el caso más desfavorable, las operaciones en Rusia, con suerte incierta, y nada se opondrá a su campaña de Egipto.

Si ésta se acomete con la previsión y el método característicos en los alemanes, Inglaterra, que ni siquiera supo preparar la invasión de Gallípoli, se encontrará al borde del abismo y en peligro de inminente y completa ruina. No es tan poco avisada que desafie las espantosas contingencias cuyo final puede ser una ruina grandiosa. Se detendrá a tiempo y firmará la paz. Ahora bien, para que se muestren propicios los alemanes a aceptarla, es menester que la indicación tenga lugar antes de que se disipen las sombras que entenebrece el firmamento de la Eu-

ropa Central, lo cual quiere decir que la Gran Bretaña adoptará una actitud conciliadora así que el desengaño sea general en Francia y en cuanto los primeros empujes de los rusos sean rechazados. No esperará más; ni tampoco aguardará la llegada del ejército turco-alemán a la vista del canal de Suez, porque, si tal hiciera, los alemanes desoirían su voz.

La nebulosa ha de despejarse antes del mes de mayo. De aquí a entonces, Inglaterra hará lo indecible por frustrar los planes de Alemania, multiplicando la diplomacia sus gestiones, interviniendo con su formidable potencia financiera en la economía de las demás potencias, impeliendo a Rusia, Italia y Francia a extremar su acción militar. Es menester que Inglaterra sepa a qué atenerse antes de que comience la primavera, o sea antes de que los alemanes tengan por segura la victoria. Se aproxima, pues, un período bastante movido, aunque no toda la agitación se trasluzca al exterior.

Resumiendo lo que antecede, la expedición a Egipto señala el fin de la guerra; pero la paz se concluirá antes de que se realice la invasión, porque si los alemanes son vencidos en Europa, la aplazarán; y si se sostienen en los frentes actuales, será Inglaterra la que pedirá la paz. Sólo un gravísimo error, una equivocación profunda, puede negar la exactitud de esa conclusión. Hasta ahora, Alemania ha acertado, y no hay derecho a creer que no persevere en este camino de la prudente sabiduría; Inglaterra ha incurrido en errores de bulto, pero esto mismo hace creer que al cabo abrirá los ojos y no confundirá los deseos con las realidades.

Al apuntar a Egipto, Alemania apunta a la paz; ésta no resultará de una operación militar en el N. E. de Africa, sino de lo que acontezca en Europa. Si no acontece nada saliente, Alemania cosechará entonces los frutos de sus pasadas victorias. No hay motivo para sospechar que en nuestro siglo xx se reproduzcan los famosos hechos de las campañas de Alejandro Magno; no son menester para que Europa se derrumbe agotada, empobrecida y exangüe.

.....

LAS ALAMBRADAS Y SU DESTRUCCION

Las alambradas son uno de los medios de guerra que mejores resultados están dando en el conflicto actual. Conocidas de antiguo, se limitaba su aplicación a las plazas fuertes y a las posiciones semipermanentes, pero en la guerra ruso-japonesa—que tanto impulso dió a la fortificación de campaña—se hizo pródigo uso de aquellas defensas accesorias, perfeccionándolas y vulgarizándolas.

Combinadas las alambradas con las fogatas o minas terrestres y los pozos de lobo, componen un obstáculo casi insuperable. A veces, se las establece en varias líneas, ocultándolas en trincheras, o cubriéndolas simplemente de las vistas por medio de glasis anteriores. En las plazas permanentes, se suele dar a la alambrada una anchura de 20 a 25 metros; pero en las obras de campaña se la reduce a 4, 6 ó 10, a lo sumo.

Muchos modelos hay de estas defensas, desde los formados por piquetes de la misma altura, reunidos por un tejido de alambre espinoso, a los más perfec-

tos en que se prescinde de los piquetes; es claro que el modelo preferible depende, en cada caso, de que la alambrada esté mejor o peor batida por el fuego de las trincheras propias, y de las facilidades que tenga el enemigo para llegar a ella.

En un libro reciente, el teniente alemán Bier-natzki describe en los términos que siguen la construcción de una alambrada ordinaria en el frente occidental:

«Orden recibida: El teniente B. establecerá esta noche, con su sección (7 grupos de 8 hombres mandados por una clase) una alambrada en la línea avanzada que queda entre los dos regimientos de vanguardia». Era imposible trabajar en la línea de trincheras muy enterradas, y hubo que aguardar la noche, protegiéndonos en los árboles y matorrales, para evitar el fuego enemigo. A la hora indicada me adelanté a la primera posición y me presenté al jefe del Regimiento, Conde X. Estaba sentado, con su ayudante, en un abrigo subterráneo, blindado con troncos y tierra; había allí dos colchones y dos mantas, no en muy mal estado. Después de hablar con él, seguí hasta donde se encontraba el jefe del batallón, y con él me dirigí al ala derecha, llegando al punto donde debía de establecerse la alambrada, ó sea el ángulo saliente, de manera que resultara batida por el fuego de flanco de las trincheras laterales. Con piquetes, fijamos tres puntos, unidos por alambres, para que nos sirvieran de guía en el trabajo al llegar la noche. Dos hombres se adelantaron y clavaron estacas de 0.50 metros de largo en los puntos 1, 2 y 3, y en otros varios intermedios. Ultimada esta labor preliminar, retrocedí con mi gente. Al hacerse de noche, mi sección se trasladó al punto de obra, por caminos ocultos, entre los árboles y espesuras, que conducen hasta la línea de trincheras. Previamente, había distribuído los grupos y repartido el trabajo entre ellos.

«El primer grupo hincó piquetes o varas en la línea 1-2, separados entre sí dos metros y alineados en tres filas; llevaba dos hachas. El cabo emplea cuatro hombres vigorosos en la línea de las estacas: dos sostienen firmemente los piquetes, los otros los clavan; los cuatro restantes, transportan las estacas desde el depósito que hay detrás de la línea de tiradores.

«El segundo grupo hace la misma faena en el espacio 2-3.

«Un grupo de tejedores sigue detrás de cada uno de los otros dos; lleva dos martillos, grapas y clavos, y va tejiendo el alambre espinoso en todos sentidos, de piquete a piquete, hasta hacer imposible el paso de un hombre.

«El quinto grupo, 100 metros a retaguardia, entre los matorrales, asierra los piquetes y aguza sus puntas. Posee una sierra de dos manos, una de mano y dos hachas. El sexto grupo realiza la misma labor.

«El séptimo transporta los piquetes al depósito detrás de la línea de tiradores. En el bosque se comienza la corta y aguzado de las estacas, a cubierto de las vistas; sigue luego el transporte, y cuando ya hay aparcados suficiente número de piquetes, también se dedican a llevarlos los grupos de hincadores, que asimismo ayudan a transportar los rollos de alambre.

»Bien preparado el trabajo, no tarda en quedar terminada la alambrada. En hora y media se concluye en una longitud de 120 metros. Como se trabaja en la obscuridad, 16 soldados de infantería prestan el servicio de escuchas. Los zapadores nos retiramos en silencio, doy parte al capitán que manda la compañía de infantería del ala, y regresamos a nuestros alojamientos.... Al amanecer del siguiente día, nuestra obra produce el asombro y la admiración en las trincheras avanzadas, y todos se regocujan».

Por lo mismo que las alambradas son un poderosísimo obstáculo contra los asaltos, se han ideado varios medios para superarlas o destruirlas.

Uno de los más elementales, empleado en la guerra ruso-japonesa, se fundaba (figura 1) en tender



Figura 1

un paso sobre la alambrada, sirviéndose de tablas, escalas, colchones o sacos de paja. Los rusos perfeccionaron mucho este método, pero hubo que abandonarlo cuando se aplicaron tipos de alambradas, cuyo tejido superior no formaba un plano, sino que constaba de partes salientes y entrantes, en las que era imposible apoyar la pasadera.

Otro procedimiento consistía en arrojar unos garfios, especie de rastrillo, a la alambrada, sujetos a una barra de acero, de la que tiraban treinta o más hombres (figura 2); en varios ensayos,

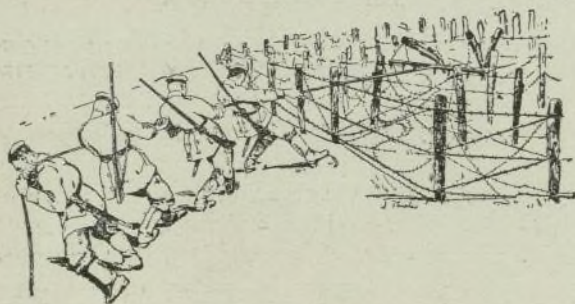


Figura 2

se consiguió abrir una brecha de tres metros de ancho por cinco de profundidad. Los ingleses se han valido en Gallípoli de automóviles pesados, para ejercer tracción sobre los garfios. El sistema es lento, de resultados dudosos y muy expuesto.

Se emplean asimismo tijeras corta-alambres, con más éxito que los métodos anteriores. Se hizo mucho uso de ellas en la guerra de la Manchuria, sobre todo durante el sitio de Port Arthur. Ocho hombres, dispuestos en dos filas, pueden abrir—en circunstancias normales—un paso de 1.80 metros de ancho,

en 95 segundos. Bajo el fuego, este método es de difícil empleo; no obstante, los zapadores franceses y alemanes se han valido a menudo de él, y aún se practica. Si la alambrada es ancha, antes de que se llegue a la última fila de piquetes el fuego de la defensa derriba a todos los zapadores, aunque se protejan con escudos.

En este caso, el único medio eficaz se funda en el uso de cargas explosivas. Los rusos lo emplearon, en forma de varas de 2.5 a 3 metros, a las que se sujetaban las cargas; las varas se arrojaban simplemente a la alambrada, luego de encender la mecha. Pero la brecha no suele exceder de tres metros de anchura, y algunos elementos suelen quedar intactos.

Mucho mejor es el procedimiento del ejército francés. Paquetes de tres cartuchos de melinita se aseguran a unas varas o pértigas de cinco metros por seis centímetros de grueso, cuya cabeza lleva una caperuza cónica (figura 3) que descansa en un tablero apoyado en dos ruedas de 12 centímetros de diámetro; el otro extremo lleva un manguito de 20 centímetros en el que se enchufa otra vara de prolongación. El conjunto se hace resbalar por debajo de la alambrada, empalmándose al efecto tantas varas como sea menester. Se da fuego por medio de una mecha. En cada vara de cabeza se sujetan 99 cartuchos de melinita (2.65 kilogramos por cada metro). En pruebas hechas en Francia, se observó que podían abrirse brechas de cuatro metros de anchura. Un grave inconveniente es que para mover cada vara se necesitan dos hombres.

Perfeccionando la idea anterior, los rusos han

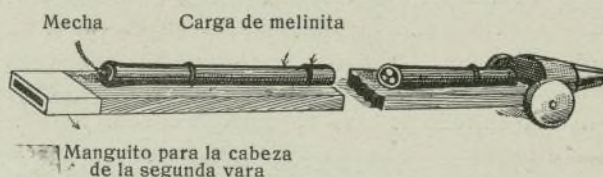


Figura 3

reducido la longitud de las varas a 1.80 metros, bastando un hombre para manejarlas. La carga de cada vara se encierra en un saco de tela, empleándose 3.5 kilogramos de piroxilina por metro corriente de vara. Para asegurar la explosión simultánea de todas las cargas, a lo largo de ellas se distribuyen varios cartuchos con cápsulas fulminantes. Como las varas son cortas, hay que agruparlas, y a este efecto se recurre a las prolongas, que en un extremo llevan dos plaquitas metálicas dejando intermedia una ranura, en la que encaja una lengüeta o pasador de la vara siguiente (figura 4). En la cabeza delantera hay dos ruedecitas para introducir la carga bajo la alambrada. En experimentos efectuados en Rusia, en una

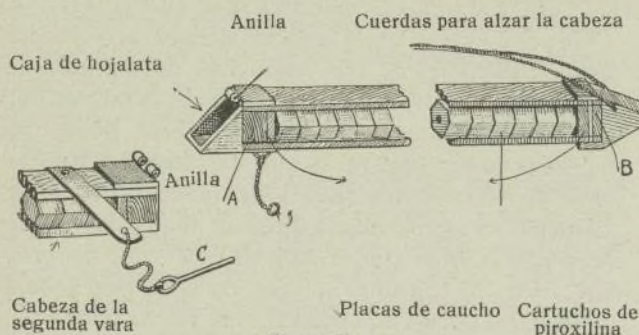


Figura 4

alambrada de 6.5 metros de ancho, protegida por un glasis, éste fué deshecho, y la explosión de las cargas de tres varas empalmadas produjo una brecha de cinco metros de anchura. Comparado este método con el francés resulta más eficaz, pero, en compensación los salientes que se producen en los em-

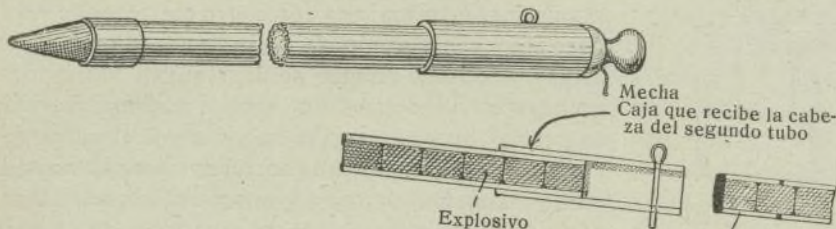
palmas dan lugar a tropiezos contra la alambrada, es menester valerse de cartuchos especiales para que la explosión sea simultánea, y las roldanas de cabeza, que en terreno llano corren bien, se atascan en los hoyos producidos por los proyectiles, o se atorán en las desigualdades del suelo; además, las cuerdecillas que sujetan las cargas a las varas se enganchan con facilidad en el obstáculo, y al empujar se rompen y cae parte de la carga; no es más eficaz el empleo de los saquetes, porque la tela se engancha y rompe en las púas de los alambres espinosos.

Otro sistema, también ruso, se funda (figura 5) en la formación de una caja, con dos tablitas, para



las cargas; los tacos A y B comprimen los cartuchos de piroxilina, perforados en su eje, formando una canal que recorre la mecha con su cebo; entre los cartuchos y los toques de madera, se interponen placas de caucho. Las ruedas se han substituído por una cuerda, que permite alzar la cabeza si tropieza con un obstáculo; otra cuerda, facilita el movimiento lateral. Una semicaja de hojalata, en el extremo posterior, recibe la cabeza de la segunda vara, asegurándose el empalme por un pasador C, que atraviesa los anillos de las cabezas que se enchufan. Esta disposición protege bien las cargas, pero es complicada, pesa mucho, y no se evitan los resaltes de los empalmes, que dificultan y embarazan el manejo.

El procedimiento indicado en la figura 6 es más sencillo y eficaz. De origen inglés, fué aplicado en



la India y se le llama *torpedo*. Un tubo de hojalata, cerrado por delante, de paredes gruesas, y de seis centímetros de diámetro por dos metros de largo, recibe 23 paquetes de cuatro cartuchos por metro de tubo, o sea dos kilogramos por metro de tubo. Estos se ponen debajo o a la mitad de altura de la alambrada, para que el explosivo ejerza su acción en todos sentidos. Se facilita el movimiento, proveyendo cada tubo de una punta de madera que entra en el extremo, en la vaina de hojalata. En la parte abierta, lleva una vaina de 20 centímetros de largo, en el que se aloja el extremo del segundo tubo, valiéndose de una espiga de madera de 30 centímetros, que impide se caiga la carga durante el

transporte. En la espiga se encuentra el mecanismo de dar fuego, compuesto de un cartucho de dinamita, una cápsula de fulminato y una mecha. Cada torpedo pesa nueve kilogramos, y lo puede llevar un solo hombre. Al parecer, la carga ha de ser tanto o más larga que ancho es el obstáculo; casi siempre hay que empalmar varios tubos. El primer zapador pone las varas entre los alambres (figura 7), las empuja cuanto puede y quita los tapones; entonces, el segundo zapador, despoja a sus tubos de las puntas, y el extremo cerrado lo introduce en la vaina del primero, empujando el conjunto; los demás continúan esta operación de empalmar, hasta que por fin resulta debajo de la alambrada una serie de varas, cada una de las cuales se cierra con el tapón del último tubo. Dándose fuego al último, se comunica la explosión a toda la carga. Los ensayos efectuados con este sistema han tenido excelente éxito.

En la presente guerra, los beligerantes se valen, para destruir las alambradas, de la explosión, en primer término, y de las tijeras, en segundo; el primer sistema tiene las ventajas de la rapidez y mayor efecto, pero requiere tropas muy ejercita-



das y de gran sangre fría. No se conocen las disposiciones que actualmente emplean los beligerantes, o de seguro son mucho más perfectas que las descritas.

SERBIA Y LOS ALIADOS

(por el coronel Repington)

Los puntos relacionados con la expedición de los aliados a Salónica conviene que los tengamos presentes por orden cronológico. Sólo mediante esta clasificación cabe el distribuir con

equidad las responsabilidades.

Los preliminares de esta empresa han de ir a buscarse muy lejos, hasta los orígenes mismos de la guerra, y no es posible formar juicio definitivo sobre el conjunto de los sucesos en tanto no se hagan públicos muchos documentos diplomáticos. Para comprender el aspecto militar de la cuestión, basta estudiarla a partir del 21 de septiembre. En aquella fecha, el señor Venizelos, presidente del Consejo de Ministros de Grecia, envió una nota a Francia e Inglaterra pidiendo el auxilio de 150.000 hombres. El texto de este telegrama y de su contestación, no han sido publicados. Según lo manifestado por mister Asquith, el 2 de noviembre, la petición griega fué

formulada después de comenzada la movilización búlgara. Puede haber sido este el caso, pero, oficialmente, la orden de movilización fué fechada el 23 de septiembre.

El 24 de septiembre, fué aceptada la nota del señor Venizelos, y empezamos desde luego aquellos preparativos militares, continuados desde entonces, conducentes a poner en práctica nuestro compromiso. Lo mismo hizo Francia, mientras Grecia movilizó el 24 de septiembre, veinticuatro horas después de Bulgaria. Conviene indicar aquí que nuestro Gobierno estuvo perfectamente correcto al decir que no hubo demora en el despacho de tropas. Aunque el momento era muy poco propicio—porque el 25 de septiembre comenzó la ofensiva de los aliados en el Oeste—se requisaron los barcos y se transportó tropas, no cesando ni un momento la reunión en el Mediterráneo de fuerzas militares franco-británicas. La demora y la indecisión quedaron reducidas al empleo que debiera hacerse de las tropas a su llegada al Mediterráneo oriental.

El 27 de septiembre, replicando a la opinión del Gobierno serbio, que entendía que su verdadera política militar era atacar a Bulgaria, antes de que terminara su movilización, Sir Eduardo Grey declaró que todos los argumentos políticos y diplomáticos se pronunciaban contra aquel acto. Esta réplica agravó considerablemente nuestra responsabilidad. Serbia creyó, naturalmente, que desaprobábamos su propuesta, y perdió las ventajas de tener ya ultimada su movilización y de poder disponer de los diez días—27 septiembre a 6 octubre—que transcurrieron antes del ataque alemán en el Danubio. Además, tuvo el desastroso efecto de llevar el grueso de las fuerzas serbias al Norte, en vez del Este. Si los principales ejércitos serbios se hubieran opuesto a Bulgaria y se dejaran en el Danubio meras retaguardias, los ejércitos serbios habrían podido retirarse a Salónica, en caso de ser derrotados, donde se unieran con los aliados.

El 28 de septiembre, Sir Eduardo Grey, hablando en la Cámara de los Comunes, prometió a «nuestros amigos de los Balkanes» todo el apoyo que estuviera en nuestras manos, «sin reservas ni restricciones».

El 2 de octubre, el señor Venizelos entregó una protesta formal contra el desembarco de los aliados. El 4 de octubre, anunció a la Cámara griega todo lo acontecido. Al siguiente día, su declaración fué desaprobada por el rey Constantino y el gran ministro dimitió. El 6 de octubre, los austro-alemanes comenzaron su ataque desde el Norte, y consiguieron cruzar el Danubio, el Drina y el Save. El 7 de octubre, las primeras tropas aliadas empezaron a desembarcar en Salónica, pero su número era escaso y apenas ejercieron ninguna influencia sobre los acontecimientos.

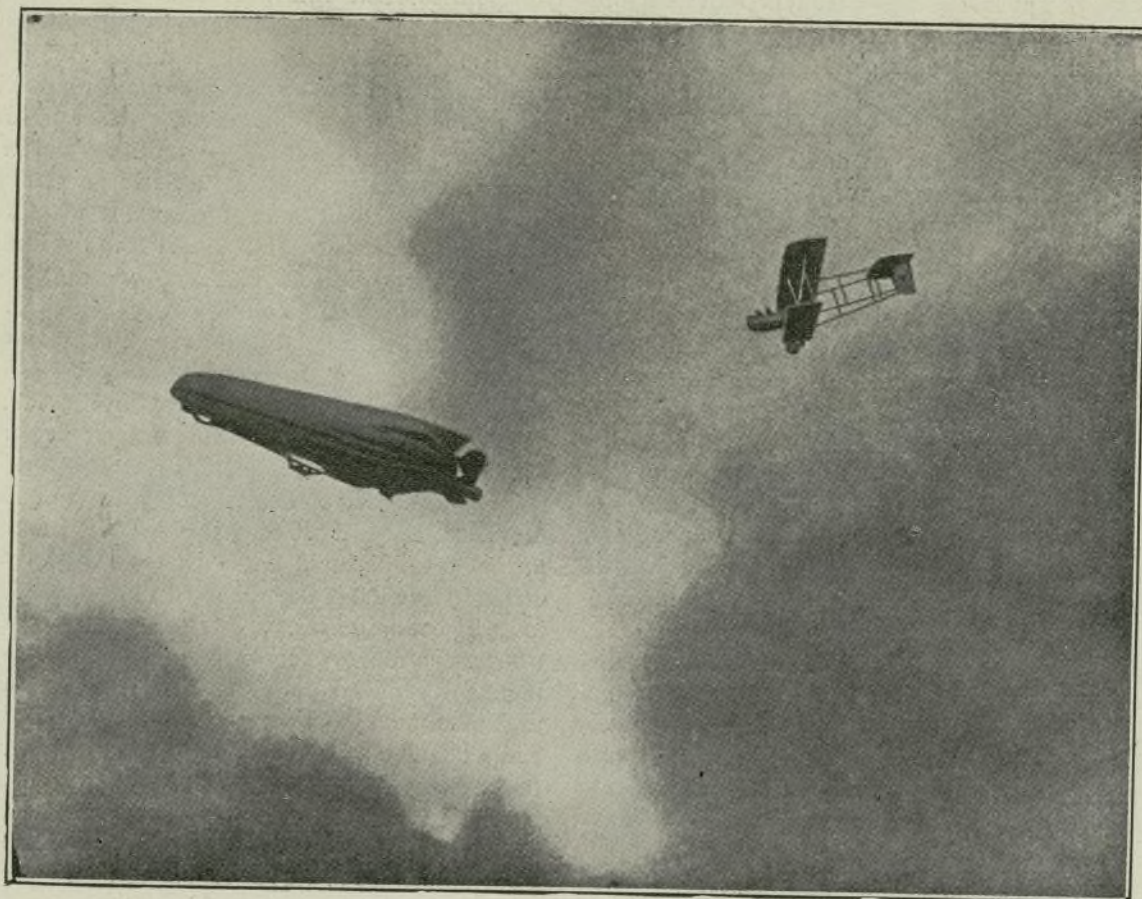
Después de un estado de más o menos actividad durante toda la guerra, nuestro Estado Mayor General había sido restablecido a primeros de octubre, y se le permitió desempeñar sus legítimas funciones. De la carta de dimisión de Sir Eduardo Carson, del 12 de octubre, se deduce que el Estado Mayor General presentó, el 9 de octubre, un informe oponiéndose a la expedición a Salónica, fundándose en que era demasiado tarde, por haberse alterado la situa-

ción política. Este informe, según sabemos por la misma carta, fué estudiado por el Consejo de Guerra, el 11 de octubre, cuando, según las palabras de Sir Eduardo Carson, «había que tomar una decisión terminante—una decisión basada en la opinión de nuestros consejeros militares—según los cuales, era demasiado tarde para ayudar a Serbia». Esta decisión, por las razones que adujo en la Cámara de los Comunes, el 2 de noviembre, provocó la dimisión de Sir Eduardo Carson, el 12 de octubre, pero el hecho no se hizo público hasta el 19 del mismo mes.

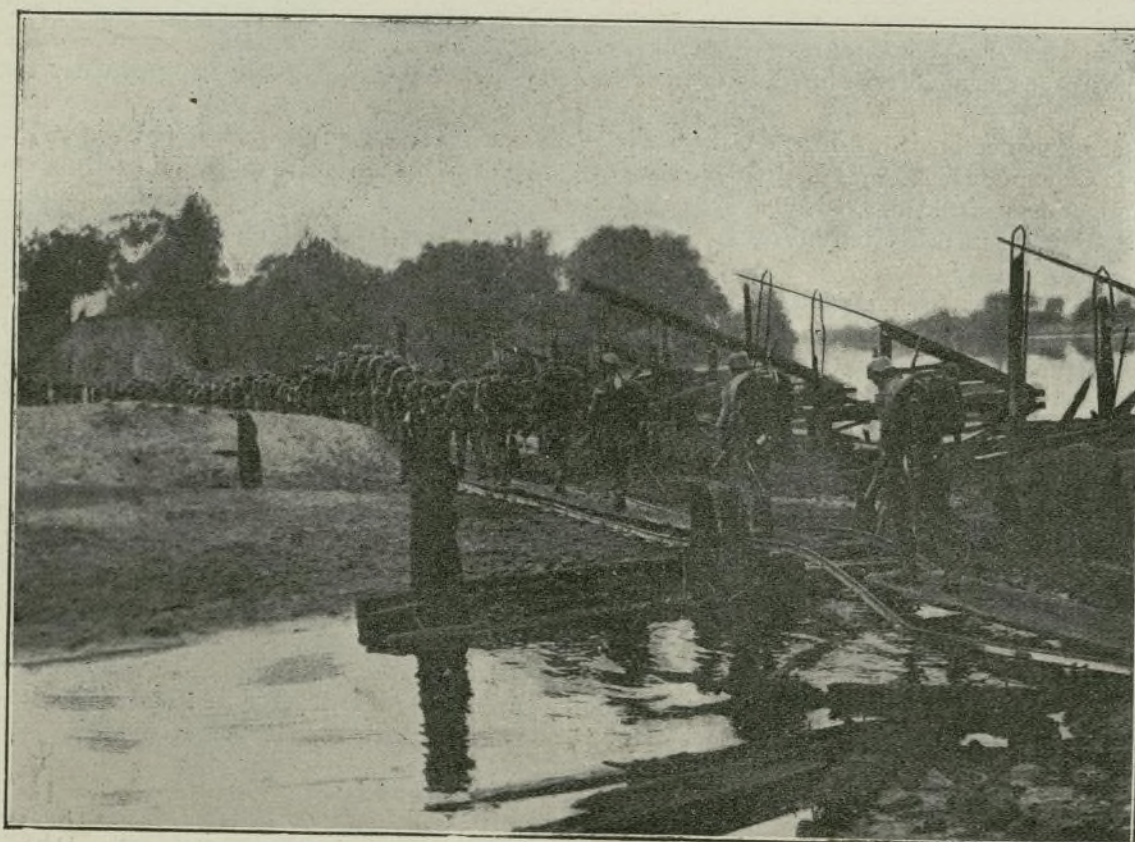
El 11 de octubre, Bulgaria, que había antes repudiado toda idea de intenciones agresivas hacia Serbia, la atacó. El 13 de octubre, dimitió Mr. Delcassée, y el 15 de octubre sobrevino la declaración británica de guerra contra Bulgaria, seguida a poco por el bombardeo de Dedeagatch y otros puntos del litoral del Egeo. El 26 de octubre, Lord Lansdowne pronunció un discurso en la Cámara de los Lores, diciendo que había desembarcado una pequeña fuerza de 13,000 hombres, y que se estaba preparando un efectivo mayor, pero que el empleo que de él se hiciese dependería de la situación en aquel momento. Lamentaba tener que añadir que era muy improbable que el ejército serbio pudiera resistir mucho tiempo el ataque del enemigo, pero que los aliados tenían muy presente el caso, y, después de meditarlo, decidirían sobre el destino más conveniente que pudieran dar a sus tropas.

El Gobierno francés y la prensa francesa aconsejaban hacia tiempo la intervención armada en los Balkanes, por los aliados. El 28 de octubre, se formó el Gobierno de notables, presidido por Mr. Briand, y al siguiente día el general Joffre llegó a Londres y defendió calurosamente una vigorosa acción de los aliados. Los argumentos de que se valió para persuadir al Gobierno británico no se han hecho públicos, pero es claro, como Sir Eduardo Carson declaró el 15 de noviembre, que «era tan tarde tres semanas antes como tres semanas después». Pero nada demuestra, sin embargo, que la opinión del Estado Mayor General hubiera cambiado.

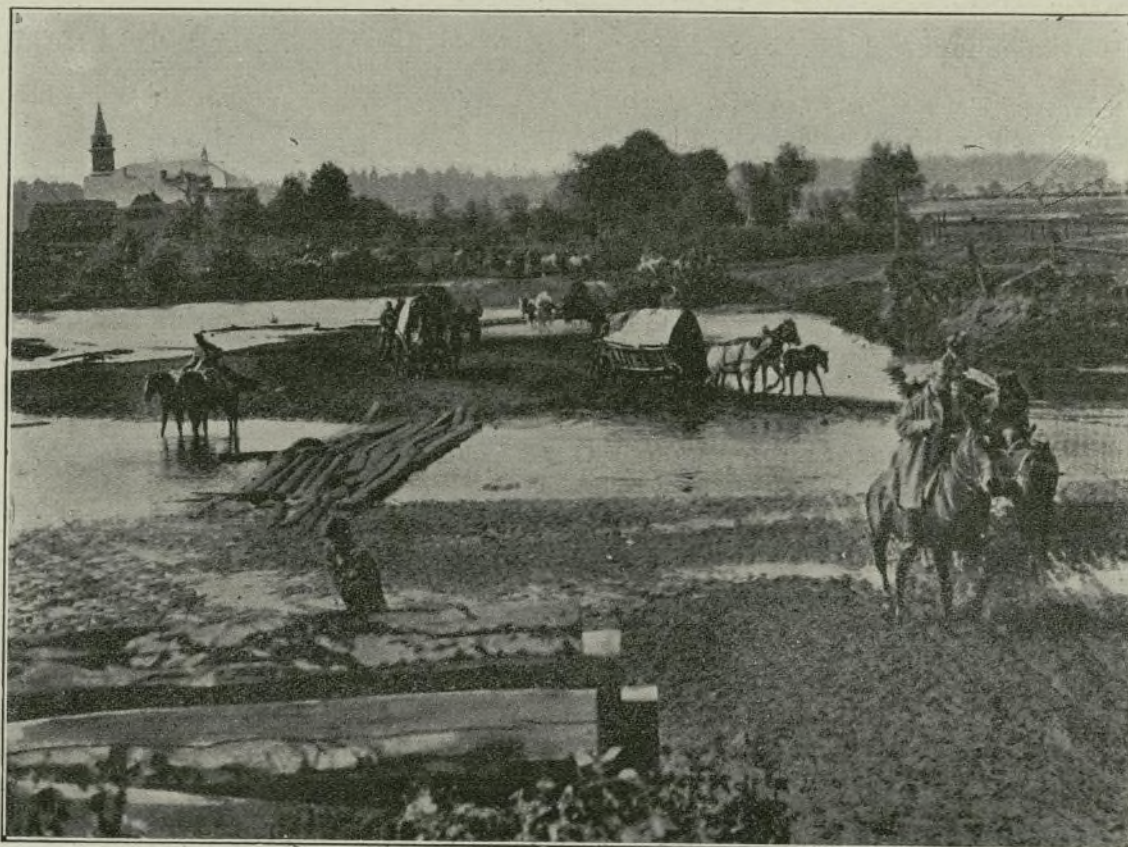
Entre tanto, la invasión de Serbia proseguía su curso. En poco más de un mes, el ejército serbio, después de una gloriosa resistencia contra fuerzas muy superiores, fué derrotado a lo largo de todas las fronteras, perdió sus principales ciudades y arsenales, y fué arrojado fuera del corazón de su patria. Cuarenta días después del primer ataque, los alemanes anunciaron que la organización militar serbia estaba destruída, que habían hecho 54.000 prisioneros y capturado 478 de los 515 cañones serbios. Expulsados de la Vieja Serbia y separados de los aliados por la incursión búlgara en Macedonia, el resto de los serbios buscó refugio en los límites de Montenegro, y los aliados, aunque con fuerzas respetables, fueron incapaces de restablecer la balanza. Atrajeron hacia sí unas pocas divisiones búlgaras, pero en ningún momento influyeron de un modo apreciable en el curso principal de los acontecimientos.



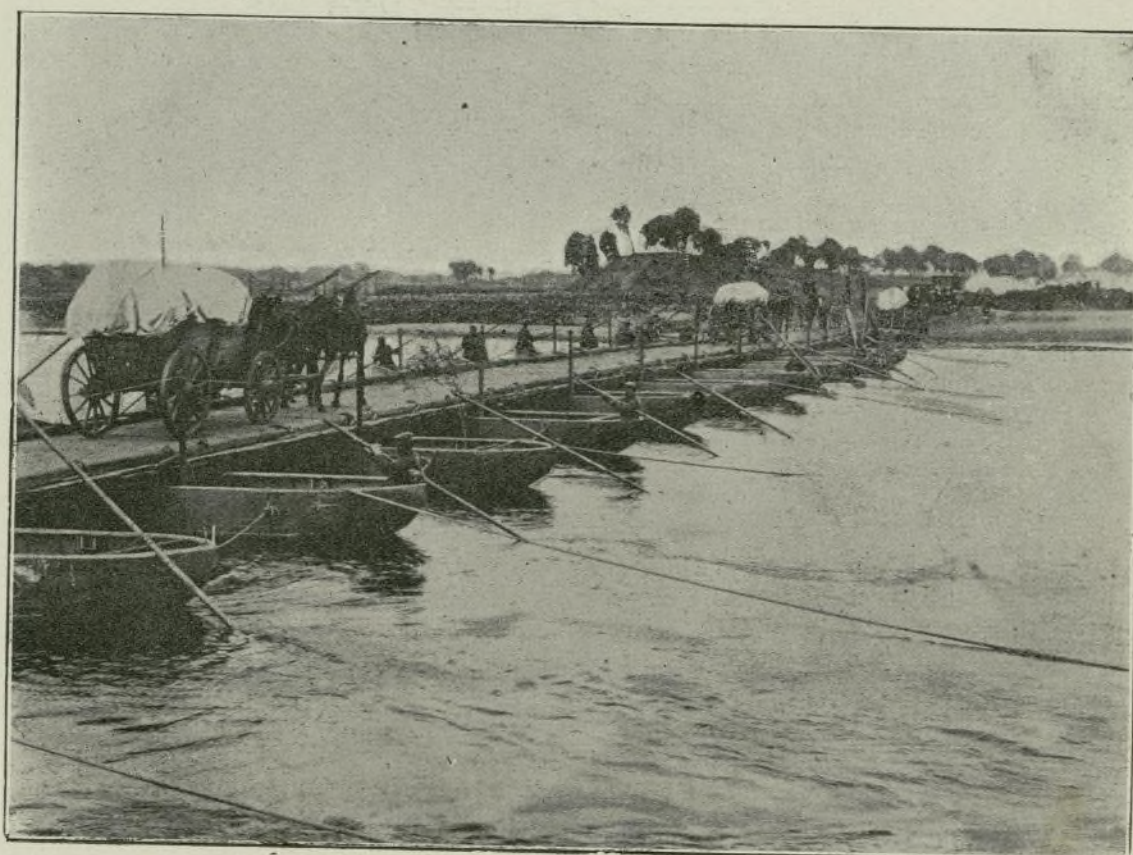
Combate entre un zeppelin y un biplano francés (fotografía tomada por un oficial aviador alemán, durante un vuelo)



Infantería alemana persiguiendo a los rusos, en el terreno pantanoso al E. de Brest-Litovski



Tropas austriacas enviadas en persecución de los rusos, en los pantanos de Rokitno



Puente de pontones construido por los alemanes, junto a la frontera de Rumanía

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

La ganancia del tiempo

(El señor A).—Unos se debilitan a la par que otros se fortalecen; podrá pasar más o menos tiempo hasta que el desequilibrio se haga patente, pero a la postre llegará, y aquel día ¡pobre Alemania, pobre Austria y pobre don Subriol!

(El señor B).—Es lo que dicen los ingleses: si no bastan dos años, tres, y si no veinte.

—¡Veinte, no! Dentro de dieciocho años formarán en las filas germanas todos los nacidos en 1914 y 1915, y aun en años anteriores, desde 1902, en Bélgica, el N. de Francia y media Rusia, y aquellos ejércitos serán más fuertes que sus enemigos.

(El señor A).—Quien dice veinte años, dice dos, o tres. No lo tome V. al pie de la letra.

(El señor B).—La cuestión se reduce, simplemente, a ganar tiempo.

—Más exacto sería decir: a perderlo, o a tocar la guitarra.

(El señor A).—El año próximo diez millones de rusos caerán sobre los alemanes.

(El señor B).—Seis millones de ingleses, franceses e italianos....

—Estoy conforme con parte de lo que ustedes dicen: que los rusos caerán, es evidente; y que hay seis millones en los otros países también lo acepto, sólo que son de inglesas, francesas e italianas. Los ingleses, en particular, habrá que buscarlos con linternas, a los franceses con espejuelos y a los italianos con escafandras.

(El señor A).—Comienza V. ya con sus extravagancias incomprensibles.

—Nada de eso: los ingleses, imitando a Lord Kitchener, se habrán desparramado por la superficie del planeta, a caza de incautos, los franceses obedecen y se mueven al capricho de sus vecinos de Ultra Mancha, que los cazan con liga o con espejuelos, y en cuanto a los italianos, los cubrirán las aguas del Isonzo.

(El señor A).—La superioridad numérica de los aliados es enorme, en el frente occidental; y será mayor a medida que transcurran los meses. ¿Tiene V. algo que oponer?

—¡Nada! Pero se me ocurre preguntar: ¿de qué les ha servido esa superioridad? Su única manifestación práctica ha sido la de tener más, muchas más, bajas. Pues si la superioridad no tiene otro resultado que el de no perder más terreno, ¿qué adelantarán los aliados con enviar hombres y más hombres al fuego?

(El señor A).—Llegará un momento en que harán uso de su mayor potencialidad....

—Tres veces han hecho la prueba, y de ella han salido echando venablos. Además, no se me alcanza que se vaya camino de la superioridad, enviando centenares de miles de hombres a Salónica, Gallípoli, ¿quién sabe a dónde?

(El señor B).—No negará V. que los rusos preparan un ejército formidable.

—Lo reconozco, lo sé, y me consta que les hace mucha falta.

(El señor B).—Y al arrojarlo sobre los alemanes ¿podrán éstos resistir?

—Lo ignoro; me basta con saber que no lo enviarán contra los alemanes.

(El señor B).—¡Ah! ¿cree V. que lo van a tener ocioso en el Imperio?

—No soy tan torpe: lo necesitarán en Persia, en Besarabia, en Ukraina....

(El señor A).—¿Para qué?

—Para contener a los nuevos enemigos que se les van a venir encima.

(El señor B).—Fulmina V. los rayos, como si fuera Júpiter. Pero ello no pasa de la categoría de lo mitológico; sus deseos van por un lado y las realidades por otro.

—Díganlo, si no, los serbios, y en primer lugar los ingleses. Buscaban un talón de Aquiles, y han tropezado con un Aquiles sin talón, y con toda la barba.

(El señor B).—Las fuerzas de Inglaterra son inagotables, insuperables..

—Al señor Briand con el cuento; tan inagotables, que han tenido que enviar a los franceses a Salónica, y no cesan de requerir de amores a Italia.

(El señor B).—¿Y sus colonias y dominios? ¿No hay muchos millones de guerreros en ellas? Todos irán a defender al Imperio, y pelearán con tesón y sin tregua.

—¿Qué camino tomarán? ¿El subterráneo o el aéreo? ¿Será el *caminito de Andalucía*?

(El señor B).—El dominio, inconcuso, de los mares, da a Inglaterra unas facilidades que nadie tiene, y de las que se aprovechará debidamente. ¡Poco que les duele a los alemanes! ¡Ahí es donde está su inevitable perdición! ¡Desgraciados!

—Dígame V., señor B: ¿reconoce V. en los alemanes alguna buena cualidad?

(El señor B).—Cualidad, ¡ninguna! Una habilidad sí que tienen: la de perfeccionar los inventos y las ideas de los demás, pero a ellos no se les ocurre nada.

—Cabalmente, de eso es de lo que se trata. Para aplastar a sus adversarios, los ingleses discurrieron, hace siglos, un método sencillo e ingenioso: servirse de los pueblos extraños y de los conquistados, como carne de cañón. Es nuestro viejo proverbio de sacar con mano ajena las castañas del fuego. Pues bien: los alemanes han perfeccionado el sistema, y como el Kaiser es un hombre místico, ha encontrado el medio de reproducir el milagro de los panes y de los peces. ¡Eso es todo!

(El señor A).—¡Taumaturgo también, el Kaiser! ¡Es lo único que me faltaba oír!

—Oír, tal vez; pero, verlo, lo estamos viendo todos, y el primero Kitchener, es decir, Delcassée. No digo el rey Fernando de Bulgaria, porque ve bastante más allá de sus narices, y tiene además un olfato, que ya lo quisiera Grey para sí.

(El señor A).—Si es broma puede pasar....

—No es broma, ni siquiera drama: es tragedia. ¿Qué necesita Inglaterra?

(Los señores A y B).—¡Hombres! ¡Nada más que hombres!

—Para cazarlos, pescarlos, reclutarlos o lo que sea, Inglaterra los alista uno a uno, los mete en barcos, que unas veces llegan a su destino y otras son hundidos por los submarinos alemanes, y ¡a la guerra con ellos! ¿Obra de este modo o no?

(Los señores A y B).—Ciertamente, porque no hay otro.

—Vamos a verlo. ¿Qué necesitan los alemanes?

(Los señores A y B).—¡Hombres! ¡Muchísimos hombres!

—Que Alemania recluta en cantidades fabulosas y de una vez. Es el perfeccionamiento del método británico. Pasa con esto como con todo; el inventor se muere de hambre y el industrial se enriquece. Alemania envió trescientos mil hombres al Danubio, y al día siguiente se le sumaron medio millón de búlgaros, y a las dos semanas dos o tres cientos mil franceses comenzaron a desembarcar en Salónica; echen ustedes la cuenta: de un golpe, Alemania puso a su favor, en el platillo de las fuerzas, cuatrocientos mil hombres. No creo que se atrevan ustedes a negar el hecho.

(Los señores A y B).—Que no tendrá, ni puede tener, consecuencias decisivas.

—Continuemos. Dentro de un mes, los austro-alemanes estarán en Asia, siempre en número de trescientos mil hombres, descontadas las bajas; e, *ipso facto*, dos millones de turcos engrosarán las filas de los enemigos del derecho y de la libertad. Será menester que Inglaterra ponga en Egipto y en las fronteras de la India otros tres o cuatrocientos mil hombres; si los encuentra, que no los encontrará, porque las familias, por numerosas que sean, se extinguen, y los primos de Jhon Bull van escaseando. Total, el segundo golpe representa otra ganancia de dos millones de combatientes.

(El señor B).—Prescindiendo de cifras, es lo único temible de la campaña en los Balkanes.

—Antes de que termine la primavera, doscientos mil austro-alemanes invadirán la Besarabia, y aquel día medio millón de rumanos se pondrá a su lado. Al mismo tiempo, un número igual de turcos y otros tantos persas, turbarán los sueños del Gran Duque, en el Cáucaso, y Rusia tendrá que sacudirse esas moscas, para las que no bastarán los poderosos ejércitos, sin armas, que ahora organiza. Si quieren ustedes que continuemos el paseo hasta la India y Egipto, se les cortará a ustedes el hipo.

(El señor A).—Cuentas galanas, don Subrio.

—Las de ustedes, ninguna de las cuales se ha realizado. Las mías están abonadas por los hechos, y por lo que aún vale más: ¡por los ingleses! Porque ellos son los que inventaron el sistema y los que reconocen sus consecuencias. ¿Necesita guerreros Alemania? Alza en armas un país, sin necesidad de barcos, y gana en dos conceptos: por la resta de fuerzas que impone a los aliados, y por la suma de las que se ponen a su favor. El procedimiento es de una sencillez abrumadora. Y luego ¡vengan ustedes con la cantinela de que lo que conviene es ganar tiempo! ¡Será para poner mares por medio! Ahora es cuando Inglaterra toca las consecuencias de poseer un Imperio tan extenso, y Alemania las ventajas de tener tan pocas colonias. Los britanos tienen que despojar el mundo para transportar hombres a Europa; a los teutones les basta con encender la hoguera en cualquiera de los rincones de la tierra, para que se achicharren los ingleses. Eso no lo desconocerán ustedes, porque lo han confesado los ministros ingleses, aunque en lenguaje menos prosaico; no quieren perder las buenas formas.

(El señor A).—En todo caso, lo que V. manifiesta importará a los ingleses, a los rusos, pero no a los franceses, ni menos a los italianos.

—Los pobres franceses irán abandonando poco a poco su casa propia, para acudir a defender la inglesa, creyendo que así protegen la civilización, la democracia y el arte supremo de la conversación ingeniosa en los más distinguidos salones parisinos; el arte y la frase es lo primero, y a Juana de Arco que la vuelvan a quemar los que fueron carceleros de Napoleón. Por eso, los alemanes están sentados aguardando que acaben de aclararse las filas enemigas en el frente occidental. ¡Mire V. que tener el fuego en casa y marcharse a apagar el incendio en el otro barrio! ¡Eso es diplomacia y eso es perspicacia! Pero ¡qué honor para la familia! ¡Ahí es nada, escribir páginas guerreras, tan gloriosas como inútiles, en todas las latitudes y longitudes!

(El señor B).—Y de los italianos ¿qué tiene V. que decir?

—Yo, nada; todo lo dicen ellos. Desde que Annunzio les enseñó el uso de los adjetivos, sus partes oficiales pertenecen al género heroico-patético. El empleo de los tropos, metáforas, pleonasmos y demás inutilidades retóricas, formará parte en lo sucesivo de la ciencia de la guerra. ¡Cómo se despachan los encargados de redactar los radiogramas, porque el general Cadorna no es el autor, seguramente! Italia no puede hacer más de lo que hace: declarar la guerra a Turquía, a Bulgaria, a medio mundo, y no llevarla a cabo más que en el Isonzo. Esto también es del género inglés. En Inglaterra se organizan y en Italia se preparan. De ambos modos se gana tiempo, y la victoria se hace indudable.

(El señor A).—Admitiendo esas habilidades, ¿sería posible el triunfo?

—Más que posible, seguro; y a gusto de todos. Unos ganan territorios y otros ganan tiempo. Los territorios son del orden material, y como el derecho, la libertad y la democracia son conceptos inmateriales ¿qué otro fin pueden perseguir los aliados sino uno de la misma índole, pero más eterno, esto es, el tiempo? Lo malo es que si unos lo ganan, alguien lo ha de perder.

(Los señores A y B).—¿Quién será el tal?

—¡Yo! ¡Por discutir con ustedes!

SUBRIO ESCÁPULA

LA VERDAD SOBRE LA BATALLA DE LOS DARDANELOS, EL 18 DE MARZO DE 1914

Replicando Mister Ashmead Bartlett al discurso pronunciado por Mister Churchill en la Cámara de los Comunes (1), escribe lo siguiente acerca de la memorable batalla del 18 de marzo, en los Dardanelos:

«A las 11 de la mañana, la primera escuadra, compuesta del *Queen Elisabeth*, *Agamemnon*, *Lord Nelson*, e *Inflexible*, entró en el estrecho y tomó posiciones en él, por el través de Arenkeni. A las 11 y 25, el *Agamemnon* disparó el primer cañonazo. Comenzó entonces un metódico bombardeo de los fuertes de Chanak y Kilid-Bahr, a 13,000 metros de

(1) Véase la *Crónica internacional* del cuaderno anterior.—Nota de la R.

distancia. Los barcos recibieron un violento fuego de las baterías de costa, y el *Agamemnon* fué tocado no menos de doce veces, y tuvo que cambiar de posición. Entretanto, poco después de mediodía, la tercera división de cuatro barcos—*Bouvet*, *Gaulois*, *Suffren* y *Charlemagne*,—mandada por el almirante Guepratte, entró en el estrecho y adelantó a los barcos de vanguardia. Navegó intrépidamente hasta situarse a menos de 9,000 metros de la estrechez, y abrió el fuego contra los fuertes, que replicaron vigorosamente. El *Gaulois* fué gravemente alcanzado en la proa y tuvo que salir del estrecho, a punto de irse a pique. Los fuertes distaban mucho de estar callados, y a la una y 45 los barcos franceses iniciaron la retirada, a toda velocidad. A la una y 51, el *Bouvet*, sobre la costa asiática, recibió un proyectil de gran calibre, por la parte de proa, delante del mástil principal y encima de su coraza. El accidente pudo deberse a una mina, pero, sea lo que fuere, su santa Bárbara hizo explosión, y el barco se fué a pique en 95 segundos, perdiéndose prácticamente toda su tripulación. A la una y 15, el *Inflexible*, a 13,000 metros de la angostura, fué alcanzado por una granada, que mató o hirió a cuantos hombres había en la cofa del trinquete, excepto uno. Al mismo tiempo, brotó un incendio en su puente delantero, y tuvo que retirarse con graves averías. La segunda división, a las órdenes del capitán Hayes Sadler, entró en el estrecho y apoyó a los barcos franceses, avanzando casi hasta la punta Kefez. El fuego combinado de los barcos de vanguardia y de la segunda división redujeron, de hecho, al silencio los fuertes de Chanak y Kilid-Bahr, pero no porque sus baterías estuviesen desmontadas, sino porque los artilleros se guarecieron en los abrigos.

»Posteriormente, vi en Roma el parte oficial turco del ataque. No hay duda que los turcos se amedrentaron por la espantosa lluvia de proyectiles que arrojamos sobre ellos, pero, al mismo tiempo, abunda el parte en frases de gratitud a la Providencia, porque la pérdida de vidas fué extraordinariamente pequeña y el resultado práctico nulo. La interrupción del fuego, permitió a los barcos dragadores de minas limpiar un canal hasta la punta Kefez; una mina explotó y otras dos fueron pescadas: a esto se redujo todo. Entonces comenzó una serie de desastres, que acabaron por poner término a la operación. A las cuatro de la tarde, el *Inflexible* fué herido por una mina en la proa, y tuvo que abandonar el estrecho. A las cuatro y 15, otra mina chocó contra el *Irresistible*, y se inclinó a babor, teniendo que ser remolcado hacia la bahía Kefez. Los destroyers acudieron en su auxilio y recogieron su tripulación, bajo un fuego tremendo de los fuertes, que reanudaron el tiro, así que advirtieron el desastre. El *Ocean* recibió la orden de marchar en su socorro, y también tropezó con una mina. Ambos acorazados tuvieron que ser abandonados, y no tardaron en hundirse. Anohecía, y la flota dejó los Dardanelos. Nadie sabe de dónde procedían aquellas minas. Probablemente, flotaban y derivaban llevadas por la corriente. Las dos que echaron a pique al *Ocean* y al *Irresistible*, tal vez formaban parte de un campo de minas, no descubierto, en la bahía Kefez, o quizás fueron soltadas por los barcos dragadores, que sin sospecharlo rompieron los cables de retención. El

resultado positivo de estas operaciones consistió en desmontar dos cañones en Chanak y matar 35 turcos, según el parte oficial recibido por la Embajada otomana en Roma.

»Se ha sostenido que, a no ocurrir los desastres imprevistos del *Ocean*, *Bouvet* e *Irresistible*, la angostura hubiera sido forzada aquella misma tarde; pero un examen de las horas en que ocurrieron aquellos accidentes demuestra que no se trataba de semejante cosa. La primera división no comenzó el bombardeo hasta las 11 y 30, porque la luz no fué favorable antes de esa hora. La segunda división no entró en los Dardanelos, a apoyar a los barcos franceses, hasta después de las dos de la tarde, y el fuego enemigo empezó a debilitarse, si no creo mal, cerca de las tres. Hasta las tres y 10, los barcos dragaminas no comenzaron a limpiar un canal en la punta Kefez. No se hizo otra tentativa de avance por la segunda división, hasta las cuatro y 15, cuando el *Irresistible* fué herido; y a las cinco era demasiado obscuro para continuar el fuego o tratar de pasar el estrecho. El principal campo de minas enemigo no fué ni siquiera tanteado. La marina hizo cuanto estuvo a su alcance.

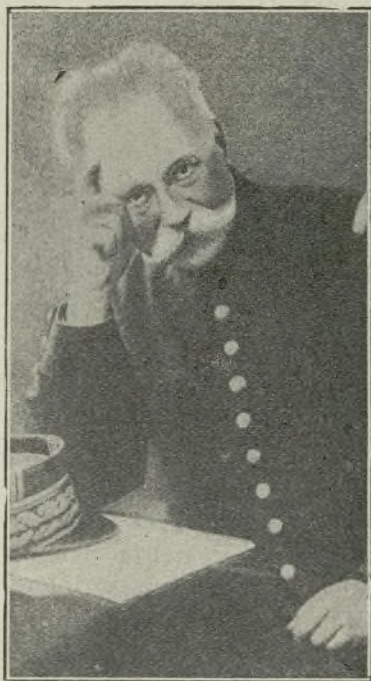
»Los fuertes estaban prácticamente intactos. Los campos de minas no habían sido dragados. Teníamos de menos cinco barcos de combate, incluso un crucero Dreadnought. Los turcos conocían nuestro plan de campaña; y, por encima de todo, sabían—y esto se expresaba claramente en el parte que yo he leído en su Embajada en Roma—que, por terrible que pueda parecer a primera vista el fuego concentrado de muchos barcos, los resultados materiales son relativamente pequeños, lo cual, no sólo se comprueba por el fracaso de nuestros ataques en el estrecho, sino también por la impotencia de los cañones navales para arrojar de sus trincheras a la infantería turca. Ningún barco se acercó a menos de 9,000 metros de la parte más angosta.

»La parte de responsabilidad que a cada cual incumbe en la tragedia de los Dardanelos no es posible apreciarla ahora. Pero los hechos concernientes al ataque naval son sencillos y al alcance del más lego. Emprendimos una operación extremadamente difícil, sin conocer en todo su valor la fuerza de nuestro adversario y sin una información precisa sobre los puntos esenciales. Persistimos en nuestro esfuerzo, a pesar de no haberse llenado ninguna de las condiciones previas para forzar el estrecho, condiciones en las cuales los peritos fundaron su consentimiento. Consiguientemente, no tenemos derecho a lamentarnos de la linda paliza que nos dieron. Pusimos toda la carne en el asador, el 18 de marzo, sin detenernos en términos medios. ¿Cuántos ingleses habrían dormido tranquilos en sus lechos aquella noche, si supieran que nuestro más grande y más moderno dreadnought, el *Queen Elisabeth*, estuvo navegando por el estrecho durante todo el día 18, entre minas flotantes, una de las cuales echó a pique al *Inflexible*, de la misma división y de la misma fila, delante de Arenkeni?»

EL DISCURSO DEL TRONO DEL SULTÁN DE TURQUÍA

En el acto de la apertura del Parlamento turco, el Sultán ha pronunciado un discurso cuyos principales párrafos rezan así:

«Los violentos ataques dirigidos contra los Dardanelos y Gallípoli por las fuerzas navales y milita-



El general francés Sarrail, comandante en jefe del ejército desembarcado en Salónica

res de Inglaterra y Francia, con el propósito de forzar los estrechos y ocupar Constantinopla—objetivo tenazmente perseguido por los rusos en los últimos doscientos cincuenta años—han sido rechazados gracias a la resistencia y entusiasmo de Mi ejército y Mi marina. Ejército y marina han añadido nuevas páginas gloriosas a los hechos de nuestros antepasados, y han merecido la admiración del mundo entero.

«Nuestros enemigos han padecido enormes y terribles pérdidas. Su derrota ha producido la convicción unánime de que el camino a Constantinopla no puede ser forzado, y ha inducido a nuestros adversarios a buscar ayuda en los Estados Balkánicos. La derrota ha disipado las intrigas que se forjaban en la Península de los Balkanes y ha permitido a nuestros poderosos aliados arrojar a los rusos de los Cárpatos, desalojarlos de Galizia y Polonia, conquistar todas las plazas fuertes de nuestro enemigo hereditario y destruir cuantas esperanzas había puesto la Triple Entente en la marina rusa. Henchido de gratitud, me prosterno ante el Omnipotente. El ha proporcionado al ejército turco la ocasión de recordar brillantemente la gloria y el honor. A El le doy gracias y a El le ruego conceda la victoria final a mis otros gloriosos soldados que protegen las fronteras de nuestra Patria en los demás frentes.

»Cuando los victoriosos ejércitos de nuestros aliados, con su admirable organización y bravura, se apoderaron de todas las plazas fortificadas y rompieron la potencia ofensiva del ejército ruso, volviéndose después hacia los Balkanes, el ejército búlgaro se unió a ellos. Este notable acontecimiento, que cambió la Triple Alianza en Cuádruple Alianza, ha apresurado la consecución de la victoria final. En orden a facilitar y asegurar el desarrollo de la situación en los Balkanes a nuestro favor, hemos consentido en una rectificación de la frontera turco-búlgara. El tratado convenido al efecto, ha sido sometido a la aprobación de nuestro Parlamento.

»La perjura y criminal Serbia está hoy ocupada por los ejércitos de nuestros aliados, se ha restablecido el tráfico por el Danubio, y el camino desde Berlín a Viena y desde Viena a Constantinopla ha quedado abierto. Gracias y gloria sean dadas al Todopoderoso por el feliz establecimiento de estas comunicaciones, que garantizan a los pueblos aliados la victoria en la guerra y el progreso y la prosperidad en la paz.

»Nuestras relaciones políticas con nuestros aliados se basan ahora y para siempre en la confianza mútua y recíproca, que aumenta cada día, y en la más honda sinceridad. Nuestra común política frente a nuestros enemigos consiste en auxiliarnos mutuamente en todos los frentes y en todos los menesteres, hasta que podamos ganar para nuestros Estados y nuestros pueblos la paz ventajosa que hará po-



El general inglés sir Jon Hamilton, relevado del mando en jefe del ejército en Gallípoli

sible el pleno desenvolvimiento de todos los recursos personales y naturales. Nuestras relaciones con los Estados neutrales continúan siendo sinceras y amistosas».

CRÓNICA MILITAR

I. Sobre la unidad de acción en las alianzas.—II. Motivos del fracaso de la expedición a Macedonia.—III. La próxima campaña en Macedonia contra los aliados —IV. La situación el 3 de diciembre

I.—Sobre la unidad de acción en las alianzas

La creación del Consejo Director de la Guerra en la Gran Bretaña, y la formación de la Junta Suprema que armonice y de unidad a los esfuerzos de las cuatro potencias aliadas, van a recibir muy pronto la sanción de los hechos. Militarmente, toda junta falsea la unidad y la quebranta, cuando los miembros que la integran se proponen finalidades diferentes. El mando ha de ser único, y sus resoluciones no han de detenerse ante la consideración de lesionar unos intereses y favorecer otros; pero esto, que no es difícil cuando se trata de un organismo homogéneo—y tales son siempre los nacionales, porque a todos une el amor a la patria—, parece una utopía si son Estados y no individuos ni colectividades los que han de sacrificarse. La dificultad es mayor en las resoluciones de la guerra, porque como han de mantenerse secretas y su conveniencia y oportunidad no están al alcance de los más, ¿quién se resignará a sobrellevar la carga más pesada y cómo el espíritu público contemplará impasible que las pesadumbres y amarguras no se distribuyan por igual?

A priori, no parecen salvadoras las medidas adoptadas, ni siquiera eficaces para evitar en lo sucesivo los errores cometidos. O el mando es único y todos se someten con gusto, o es mejor que cada cual obre según su propia inspiración. Este segundo método ha contribuido decisivamente a las victorias de los Imperios centrales. Según todas las probabilidades, no tardaremos en apreciar la bondad del primero.

Casi dos meses antes de que se efectuara a viva fuerza el paso del Danubio, era público que los austro-alemanes preparaban una campaña en los Balcanes; no obstante, los aliados no apelaron al remedio sino cuando era demasiado tarde; a la sazón no se había establecido el contacto íntimo y permanente entre los Gobiernos y los cuarteles generales, es decir, no se había intentado la consecución de la unidad de plan y de acción.

Ahora, las circunstancias han cambiado. Se presume que los alemanes y sus aliados se proponen llevar la guerra a Egipto y apoderarse del canal de Suez, o inutilizarlo cuando menos; y los anglo-franceses, con los italianos y los rusos, disponen de tiempo suficiente para contrarrestar aquella empresa y han adoptado ya las medidas, que estiman eficaces, para que impere en sus esfuerzos la concordancia que tanto se echaba de menos. De consiguiente, si el objetivo alemán aborta o fracasa en virtud de la acción o acciones que emprendan los aliados, la nueva entidad que dirige las operaciones militares habrá sido un acierto, y una nueva equivocación en caso contrario.

Esperemos que los hechos den la respuesta; pero no está de más el llamar la atención sobre este punto, de indudable importancia, toda vez que el sistema de alianzas y convenios no desaparecerá, ni mucho menos, después del presente conflicto, y sobre él se basará la política internacional, que tomará rumbo, en sus conciertos, en armonía con las enseñanzas de los sucesos que se avecinan.

II.—Motivos del fracaso de la expedición a Macedonia

Los planes militares fracasan por culpas propias, independientemente de los resultados de las batallas, cuando no se acomodan a las circunstancias o cuando los medios no corresponden a los fines, esto es, cuando falta previsión o preparación. El deseo necesita apoyarse en algo sólido para no degenerar en quimera.

Se había creído hasta ahora que el éxito desgraciado de la expedición de los aliados a Macedonia, en su objetivo principal—ayudar a los serbios—fue consecuencia de la poca oportunidad de los desembarcos, demasiado tardíos. Los austro-alemanes se habían adelantado y no había manera de recuperar el tiempo perdido. Sin embargo, los austro-alemanes iniciaron su ataque el 5 de octubre, y a las dos semanas había unos 50.000 franceses en Salónica, número corto, es verdad, pero que estaba compensado por la presencia de fuerzas serbias importantes en los desfiladeros de Babuna, mientras que los alemanes y austriacos tropezaban con una resistencia tenaz y violenta. Los franceses se internaron 175 kilómetros, a partir de Salónica, sin encontrar el menor obstáculo que se opusiera a su marcha; los germanos tuvieron que derrotar un día y otro al enemigo, y no detuvieron su avance un solo momento. Las tropas búlgaras que surgieron ante los franceses cerca de Gradsko eran relativamente débiles, pero se mantuvieron inmovibles. De nada sirvió a los serbios luchar desesperadamente contra los invasores, ni asolar el país a medida que se replegaban.

Del recuerdo de estos hechos, se deduce que no sólo fué la tardanza en emprender las operaciones el motivo de que abortara el plan de los aliados, sino que debió de concurrir algún otro factor. ¿Es menos sólido el ejército francés que el búlgaro? Sin entrar en comparaciones, que son imposibles, las tropas que desembarcaron en Salónica eran aguerridas, estaban acostumbradas a combatir, y sus generales y jefes tenían la difícil experiencia de la gran guerra, al paso que la mitad de los contingentes búlgaros entraban en fuego por primera vez. Luego no hay que buscar en la calidad de las tropas la causa del fracaso, como tampoco se la encuentra en la cantidad.

Mirando al N., al Save y al Danubio, y al E., frontera serbio-búlgara, advertimos que los ejércitos atacantes escogen como líneas de invasión las naturales de comunicación, multiplican el número de sus columnas, y, como consecuencia de la hidrografía del terreno, convergen en sus movimientos; el amplio frente en que operan desde el primer momento, les permite maniobrar, y no descuidan jamás la precaución de situar sus columnas de modo que puedan prestarse ayuda mutua y concertar sus operaciones. Volviendo la vista al S., aparece que los franceses eligen una línea única para su avance, línea encajonada, sin frentes de despliegue, expuesta a los ataques de flanco de los búlgaros, y sin posibilidad de apartarse de ella. Por consiguiente, mientras los

austro-alemanes y los búlgaros aseguran desde sus primeros pasos la libertad de movimientos, los franceses se la niegan a sí mismos: éstos se resignan a ser detenidos por un simple destacamento enemigo, y aquellos atacan al enemigo en tantos puntos, que basta que lo derroten en uno para que retroceda en todo el frente. Parecía natural que, estando dominado todo el litoral por los aliados, el ejército expedicionario desembarcara en varios lugares y ampliara su teatro de operaciones; no importaba que las líneas no condujeran a la Macedonia serbia, toda vez que lo mismo se auxiliaba al invadido marchando directamente en su auxilio, que inmovilizando en otros puntos a fuertes masas enemigas. Se objetará, y el argumento es fundado, que no disponían los franco-ingleses de tropas suficientes para extender su acción y que la primera y más urgente de sus miras consistía en asegurar a los serbios un camino seguro de comunicación con Grecia; a este efecto, se imponía tomar la ruta más corta y marchar con toda la rapidez posible. No otra cosa es lo que hizo el general Sarrail. Aceptando este modo de ver las cosas, examinemos si los medios estaban en armonía con los objetivos.

La vía férrea que parte de Salónica corre a la intermediación del Vardar, y cruza varias veces este río; los caminos que parten del valle, salvan los afluentes del Vardar, algunos, como el Tserna, muy caudalosos, lo cual quiere decir que para gozar de una relativa libertad de movimientos en aquel sector, era menester contar con abundante material de puentes, y está fuera de duda que los aliados carecieron de él durante todo el mes de octubre y más de la primera mitad de noviembre. Sin poseer este material, era muy difícil, primero, llegar oportunamente al valle de Babuna y darse la mano con los serbios, y, después, trasladarse, sin que peligraran las comunicaciones, al E. del Vardar y al O. del Tserna. Convenientísimo era también reforzar la capacidad de transporte de la línea férrea—de simple vía—tendiendo la segunda donde buenamente se pudiera, aumentando el número de apartaderos, mejorando los viaductos, muelles y estaciones, labores en que han puesto sumo cuidado los alemanes y que tantos beneficios les han deparado. Por insuficiencia de elementos, tampoco los franceses pudieron mejorar la frágil arteria de la que dependía el resultado de su acción militar. Deficientes, asimismo, en artillería pesada, la de campaña fué de poca utilidad para batir las posiciones que los búlgaros establecieron en las alturas dominantes al N. y E. de Gradsco, y las tentativas para apoderarse de ellas tuvieron que revestir la forma de ataque a viva fuerza, con gran derramamiento de sangre y sin ningún provecho. Finalmente, tampoco pudo recurrirse al reconocimiento aéreo, único posible, por no disponerse de aviones en las primeras semanas. En condiciones tan deplorables, si algo sorprende es que los franceses se hayan sostenido tanto tiempo en una situación excepcionalmente difícil.

Sabidos, por fin, esos pormenores, resulta que los aliados se lanzaron a la expedición a Macedonia con la misma despreocupación que si la realizaran contra pueblos africanos, de suerte que el fracaso se debió, más que a lo tardío de la empresa, a su falta de preparación. Y no se alegue que no eran menester

tantos requisitos si el general Sarrail hubiera conseguido llegar a Babuna, porque en este caso, aún hubiese necesitado más que ahora asegurar su línea de comunicaciones y poder desembocar a uno y otro lado, si no quería exponerse a un desastre casi seguro.

Demasiado conocidos son los talentos del general Sarrail para imputarle la responsabilidad de faltas que no le incumben. Rechazados los serbios en los desfiladeros de Babuna, era muy arriesgado, y desde luego inútil, persistir en la ocupación de Gradsco; lo prudente consistía en replegarse a posiciones más seguras y aguardar, antes que el enemigo impusiera el retroceso. Nada de esto se hizo. Tantas anomalías observadas en esta campaña, dan a entender que la expedición tuvo, y continúa teniendo, más que un objetivo militar, una finalidad política de imposición sobre los Estados del N. y S. de la península balcánica.

Pero la victoria de los austro-alemanes y búlgaros no ha de tardar mucho en cambiar el curso de los acontecimientos, y, si los aliados no reembarcan pronto, el aspecto militar recobrará la supremacía sobre el político; entonces acabarán de ponerse de manifiesto las consecuencias de los primeros errores.

III.—La próxima campaña en Macedonia contra los aliados

Abierto y libre ha quedado el paso entre Hungría y Turquía, y los Imperios centrales y sus aliados están ya en comunicación directa y pueden apoyarse mutuamente con sus tropas y recursos; material de guerra descenderá desde el Danubio a Tracia, y el camino inverso seguirán los metales, cereales y víveres. La campaña en los Balkanes habría terminado a no ocurrir el desembarco en Salónica, que pone a los franco-ingleses frente a sus cuatro adversarios y en el flanco de la línea que conduce a Constantinopla. Refugiados los serbios, en dispersión, en Montenegro y Albania ¿en qué sentido se desarrollarán las operaciones militares? Lo que se deduce de la situación en este momento, es lo siguiente:

No es de creer que los austro-alemanes se resignen a dejar en su flanco los restos del ejército serbio y el grupo montenegrino, permitiéndoles reorganizarse y recibir municiones y vituallas por el litoral del Adriático; la presencia de aquellas tropas cerca de Macedonia y Novi Bazar sería una molestia continua y una invitación perenne al desembarco de los italianos en las costas de Albania. De consiguiente, lo probable es que los austro-húngaros traten de completar el éxito obtenido, con el definitivo de ocupar todo el territorio de Montenegro y poner fin a la resistencia de este pequeño reino. A tal efecto, el grupo austriaco que comenzó sus operaciones por Visegrado y cortó la retirada de los serbios en la provincia de Novi Bazar, atacará a Montenegro por el N., a la vez que el ejército de von Köwes lo hará por el E., y algunas otras columnas por el O.; de donde se deduce que los austriacos no tomarán parte en otras operaciones que en las emprendidas contra Montenegro, las cuales se dejarán enteramente a su cargo.

Quedará disponible el ejército de von Gallvitz para obrar en combinación con los turcos y los búl-

garos, y arrojarse contra los franco-ingleses. No se conocen detalles sobre la composición y efectivos de los ejércitos beligerantes; cabe calcular, con bastante aproximación, la fuerza mandada por Gallvitz en unos 100,000 hombres, (descontadas las bajas), el ejército búlgaro del S. en siete u ocho divisiones (150 a 180 mil hombres), y el turco de la Tracia occidental en otros 80,000, o sea en conjunto unos 340,000 hombres. Este cálculo puede alterarse si los rusos se deciden a violar la neutralidad de Rumanía o ésta abraza su causa. En las fronteras rumanas, tiene Bulgaria otros 120,000 hombres, y 80,000 turcos cubren el litoral búlgaro y tracio. Si se despeja la situación política en el N., la porción mayor de esas fuerzas—unos 120,000 hombres—concurrirán también en los ataques contra los aliados. Hasta el día 25 de noviembre habían desembarcado en Salónica 120,000 franco-ingleses, y siguen los desembarcos, con un promedio de 4,000 soldados al día, por lo que se puede admitir que antes del 15 de diciembre, los aliados tendrán en Grecia y Macedonia de 200 a 250 mil combatientes, acaso más, si Inglaterra envía a los puertos griegos una parte del numeroso ejército que tiene reunido en Egipto. De todos modos, la superioridad numérica de los turco-búlgaro-alemanes sobre los aliados será incontestable en la primera quincena de diciembre, lo que induce a creer que no tardarán en pronunciar una vigorosa ofensiva contra los cuerpos de los generales Sarrail y Monro.

Dada la situación de los aliados, desde luego se advierte que su línea de comunicaciones es bastante vulnerable y que un ataque de flanco contra ella es la operación que conduciría a resultados más rápidos y decisivos. Por el E. puede desembocar el ejército turco sin tropezar con dificultades en su marcha, mientras que por el O. podrán revolverse los búlgaros que actualmente avanzan en la región de Monastir. Los alemanes de Gallvitz, que llegan por el centro, están en libertad de dirigirse a aquel de los flancos que más convenga. Militarmente, el ataque por el O., si tuviera éxito, sería el más provechoso, porque separaría a los aliados de los griegos y les empujaría a un país enemigo, obligándoles a trasladar su base eventual a Kavalla, maniobra arriesgada y de dudosa eficacia; en compensación, la línea de operaciones del O. es más expuesta, más difícil y más larga. El ataque por el E. arrojaría a los aliados sobre la masa principal del ejército griego, lo cual sería ventajoso o desfavorable para los alemanes según cual fuera la actitud de los helenos, que sin duda no es un misterio para ninguno de los cuarteles generales. El ejército de Gallvitz se inclinará al E. o al O. para servir de núcleo a la maniobra de flanco que en definitiva se elija y que depende, más que de consideraciones militares, de los convenios, escritos o verbales, que hayan mediado con Grecia.

Como quiera, no parece que haya de emprenderse la maniobra combinada antes de que se extinga la resistencia serbia entre Monastir y la frontera griega, y de que se establezcan sólidamente las comunicaciones del ejército que ha de operar en la margen izquierda del Tserna, labor que requiere de una a dos semanas. La campaña contra los aliados establecidos desde Salónica a Kavadar se aproxima,

pues, a grandes pasos, pero no son aún inminentes los grandes choques.

IV.—La situación el 3 de diciembre

Calma en Rusia y en el frente occidental; escaramuzas en el Cáucaso; agitación anti-rusa en Persia; cañoneos en Gallípoli; y sangrientos combates en el Isonzo, sin que los italianos consigan apoderarse de Gorizia ni de la meseta de Doberdo; el ejército italiano va a quedar destrozado estérilmente, si no obtiene muy pronto un éxito.

En Mesopotamia, se ha confirmado la derrota de los ingleses en Ctesifón, 40 kilómetros al S. de Bagdad, en el valle del Tigris. En los combates del 23 y 24 de noviembre, los turcos llevaron la peor parte y tuvieron que retirarse a Diala; pero el 26, con el apoyo de tropas de reserva, sorprendieron a los ingleses, muy debilitados por las largas marchas de los días anteriores y por las privaciones padecidas, y les obligaron a retroceder a toda prisa, perdiendo bastantes prisioneros y material de guerra. Las tropas del general Townshend, que fueron las vencidas en Ctesifón, descendieron el valle del Tigris, y el día 1.º de diciembre se habían alejado 140 kilómetros de Bagdad, detalle que da idea de lo precipitado de la retirada. Los ingleses, que reconocen la derrota, no habían hecho público el extraordinario avance de su ejército de la Mesopotamia, por lo que causó general sorpresa la noticia de su derrota en Ctesifón; sin duda creían que la conquista de Bagdad era segura y sobrevendría inmediatamente, cuando a los dos días se recibió el parte del gran descalabro, que les aleja de su objetivo.

Con la toma de Prizrén—donde cayeron prisioneros 17,000 serbios—puede darse por terminada la campaña contra Serbia. El ejército del rey Pedro ha quedado reducido a la tercera parte, ha perdido toda la artillería y está, salvo algunos regimientos, en completa dispersión, consecuencia inevitable de su expulsión del suelo patrio. Montenegro comienza a ser atacado, y los invasores han penetrado en Albania siguiendo el alto Drin. La terminación definitiva de la campaña contra los montenegrinos y el resto de las tropas serbias no ofrece ya dudas, ni requiere el empleo de fuerzas considerables, a menos que los italianos desembarquen en Albania, lo que no es probable; los indicios son de que los austriacos no precipitarán las operaciones, y encomendarán al tiempo la labor principal de reducir al adversario por hambre y falta de municiones, sin perjuicio de aprovecharse de los errores que cometa el defensor, entre los cuales no sería el menos grave el empeño en presentar batalla.

Nada se sabe de la región de Monastir, plaza que es de creer ha caído ya en manos de los búlgaros, quedando así cortada en absoluto la comunicación con Grecia. En el frente ocupado por los franceses no ha ocurrido nada saliente; tropas inglesas han cubierto la línea Valandovo-Doiran, al E. del ferrocarril de Salónica, protegiendo así la línea de retirada de sus aliados. Se ignora la situación del ejército de von Gallwitz, cuyas vanguardias se encontraban hace algunos días al S. de Uskub.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

3 diciembre 1915.

Derechos reservados